

Volumen II

Julio 9 de 1898

Núm. XXVI

REVISTA DE QUITO

SEMENARIO DE POLITICA,
LITERATURA, NOTICIAS Y VARIEDADES

DIRECTOR:

MANUEL J. CALLE

CONTENIDO:

1—Patria!—II—¡Dormida!—III—La redención de un mundo.—IV—Carta.—V—Recuerdos de la guerra civil.—VI—Carta de Nueva York.—VII—La Semana.

QUITO—ECUADOR

IMPRENTA DE "EL PICHINCHA"

1898

“REVISTA DE QUITO”

Este periódico se publicará semanalmente en folletos de 32 á 40 páginas cada uno.

Se canjea con los periódicos nacionales y revistas extranjeras.

No admite más colaboración que la que solicite.

No se atenderá ningún pedido si no se adelanta el valor respectivo.

Recibe avisos en la carátula á precios convencionales.

SUSCRIPCION

Por un mes.....	\$	1...
Número suelto.....	„	.30

Para todo lo relativo á colaboración y correspondencia, dirigirse á

Manuel J. Calle

QUITO—(ECUADOR)

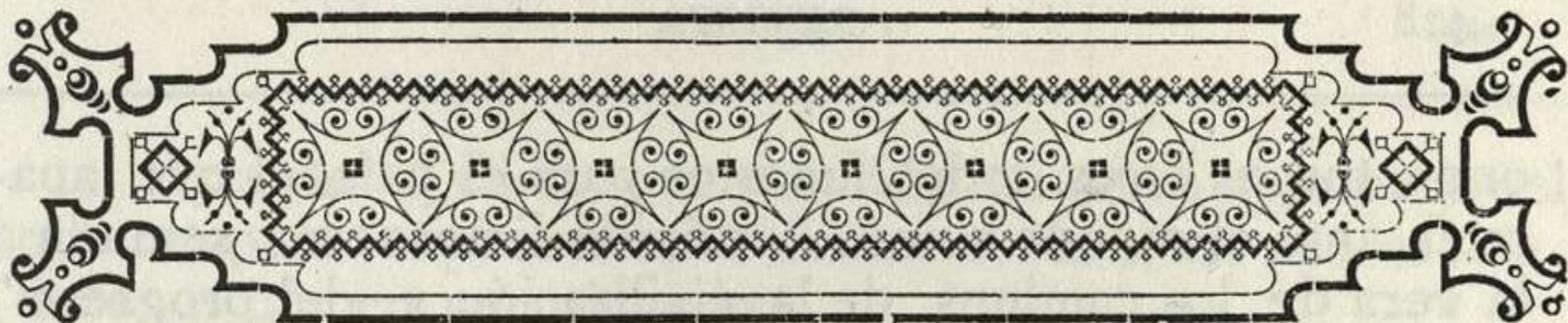
Casilla del Correo N° 68

Centros de suscripción y venta en Quito

En esta Imprenta.—Establecimientos de los Sres. Ramón F. Moya y José C. Borbúa.

ADMINISTRADOR

SR. D. RAMÓN A. GARRILLO.



REVISTA DE QUITO

~~~~~  
Volumen II—Quito, 9 de Julio de 1898—Número. XXVI

~~~~~  
PATRIA!

—
I

Cuando se habla, hay que decir la verdad ;
cuando se escribe, toda la verdad.

LAURENT.

Precisemos las ideas.

Hay la responsabilidad política de los conservadores, y
hay la responsabilidad social de los aristócratas.

La primera es inmensa.

Desde la traición á la Patria, hasta esas trampas elec-
torales con que han profanado, por costumbre, el dogma re-
publicano del sufragio, apenas existe abominación que no
hayan cometido.

Hanse dicho: "Todo, con tal que permanezcamos en el
poder"; y todo lo han hecho.

Perjurios, ejecuciones en masa y á traición, atentados
contra la propiedad ; infidencias que mucho se asemejan á
fratricidios ; escándalos internacionales inauditos, ridículos

unos, torpes otros, todos funestos para el país, el que aparecía ante el mundo como "estúpida limosnera, sentada á la vera de los caminos de la civilización y del progreso", perdiendo aquí el honor y allí el juicio Tráficos infames, empequeñecimiento sistemático de las inteligencias; los caracteres perdidos; nulos é ineficaces los esfuerzos individuales Bancarrota social, bancarrota moral, bancarrota económica; abismos y negruras por todas partes: he allí el resultado de la dominación conservadora de cincuenta años.

Posesores exclusivos de la verdad; en la persuasión de que á ellos y sólo á ellos les está reservada la misión providencial de hacer feliz la patria, todo se lo permitieron, todo lo consumaron.

Son ellos los que sientan estos principios: "En la acción de la autoridad, hay que considerar únicamente el fin que ésta se propone. Que el príncipe cuide, pues, de vencer todas las dificultades; porque si lo consigue, los medios que haya empleado, serán tenidos siempre como honorables"

Y son ellos quiénes deducen estas consecuencias.

"Libertad para todo y para todos, menos para el mal y los malhechores"; fórmula astuta, en que se quiso sintetizar todo un sistema de Gobierno, y que en boca de quien la profirió, valía tanto como la sentencia definitiva é irremisible, que proscribía para siempre de la nación, á una colectividad política entera. El liberalismo es el mal: extirpémoslo. Los liberales son los malhechores: acabemos con ellos.

Extirpar el mal, trabajo de la cogulla: dar fin con los malhechores, oficio del verdugo. Oh justificación perversa del más perverso de los absolutismos!

Cincuenta años de vida republicana, iniciada á raíz de ese sacudimiento bienhechor de la Independencia; en pleno siglo décimo-nono, han debido bastar para que la República se ponga al nivel de las demás Repúblicas.—Buen clima, suelo amplio y ubérrimo; raza no del todo exenta de virtudes, talvez más apta que otra para los afanes tranquilos de la civilización, náda ha faltado. Qué han hecho de todo ello?

Excepto el clima, que no pudieron corromper pero del que tampoco supieron aprovechar, el resto, en peores condiciones que en un principio.

La primera necesidad de los pueblos como de los individuos es su conservación; y no sólo no la aseguraron, sino que repetidas veces la pusieron en peligro.

Flores, el lobo de Portocabello, traqueado en todas partes, se refugia á la postre en España; ofrécele sojuzgar nuestro país, arma una expedición, y funde sobre él con las garras en alto.

García Moreno, la organización intelectual más poderosa que pensó nunca entre las filas reaccionarias, llevado de una pusilanimidad ó de un encono del momento, reclama el Protectorado de Francia sobre la república que empezaba á escapársele de las manos. Y lo hace en circunstancias y con términos tan por todo extremo viles, que por razón de ellos no se puede hallar en ese hombre grandeza alguna posterior. Son hechos innegables, en que por lo mismo es inútil insistir. Diremos únicamente que ellos acarrean la responsabilidad solidaria del partido, que nunca se atrevió á desconocerlos ó repudiarlos.

Es ésto patriotismo? ese concepto altísimo de los deberes del ciudadano; ese apego irrestricto á la entidad soberana de la Nación; ese como legítimo orgullo con que pensamos en que la patria, nuestra patria, tiene derecho á prevalecer sobre las otras?

Patriotas los conservadores ecuatorianos! ni por dónde lo fueran, si negaron, ó cuando no, se anihilaron siempre la libertad individual de que arranca la independencia del Estado?—Si yo no soy libre, por qué había de serlo la nación? Si el estado no me garantiza el pleno y cabal desenvolvimiento de mis facultades, qué lazo me unirá á él, tan fuertemente, que me impela á consagrarle mi existencia?

Que el Estado diga al pueblo: eres libre pero responsable, y le habrá puesto en aptitud de concebir y ejecutar hazañas inverosímiles, en yendo de su defensa ó de su integridad; y en todo caso, hará de él un pueblo noble, serio y grande. Ahí está la América del Norte.

Que le diga: libertad para todo y para todos, menos para el mal y los malhechores, y le habrá tornado capaz de

irse en busca de cualquier Pretendiente, para rendirle en homenaje, el suelo de sus mayores, en que el mal habita casa propia y los malhechores campean á sus anchas. . . .

Patriotas los conservadores! Como si por habernos echado la carga de encima dejásemos de ser la generación que ha visto, por sus propios ojos, hasta dónde va la audaz desvergüenza de estos concupiscentes de Poder Como si no fuésemos nosotros quienes hemos visto el peculado erigido en sistema; la "Argolla" imponiéndose á la probidad nacional, el fanatismo suplantando la Religión; Tapparelli lanzando truenos y rayos en las Universidades en contra de las modernas democracias; el hombre explotado por el hombre, como en los viejos tiempos de la Edad Media; la honra pública y privada, una mercancía (ahí está el "Esmeralda"; ahí están los voluntarios del "Victoria"!); el Apóstol Montalvo, el Patriota Montalvo, el Prócer Montalvo sucumbiendo dolorosamente en el destierro, con ser que era el primer ecuatoriano de su tiempo

— Aun hoy en día, cuáles son las pruebas que nos dan de su patriotismo? No decimos que las cosas andan á sabor: lejos de éso, Dios y nuestra conciencia son testigos de que á veces hemos lanzado ayes como de desaliento pero desprestigiar el país en el exterior, presentarlo, como cierto círculo nefasto hace actualmente en Europa, cual un deudor fallido que no cumple, ni quiere cumplir uno sólo de sus compromisos; ó como los proscritos del Perú, cual un campo, en que luchan á porfía ladrones y asesinos: impedir, nada importa por qué medios, que el crédito nacional se restablezca; exponer la nación á conflictos tan serios como el ataque á nuestra integridad territorial; tratar la cosa pública como una piltrafa que se disputan ganapanes Dios y nuestra conciencia saben que el día en que algo de esto hiciéramos los liberales, en habiéndonos hecho indignos de nuestra propia consideración, hallaríamos que era tiempo de anticiparnos al castigo

No es á nosotros, la generación presente, á quien han de venir á sustentarnos, tomando las propias virtudes como virtudes de la colectividad, que los conservadores no son asesinos, ni traidores, ni pérfidos, ni cobardes; porque estamos en aptitud de evocarles la sombra de sus víctimas, y

de ajustarles la cuenta de sus traiciones sacrílegas, de sus perfidias fratricidas, de sus bajas cobardías

No lo haremos, porque van á levantar la frente. Lázare, veni foras. Pero que la levanten una vez por todas, sacudiéndola de las preocupaciones que la enturbian, de las malas pasiones que la empequeñecen, impregnándola en este ambiente de ideas que se agitan en el siglo.—Que piensen, que obren, que desechen sus fórmulas de quietismo necio, que hagan labor de patriotas y seremos de los primeros en confesar que ni escribieron la carta de adhesión á D. Carlos, ni fueron capaces de escribirla. Mientras tanto, á qué sindicado de delincuencia se le cree por su palabra, cuando sus antecedentes no le abonan?

Por nuestra cuenta personal añadimos: acaso no fuimos discretos; pero nuestra sinceridad y buena fe eran absolutas, cuando creímos en que los herederos de Flores el Magno y de García Moreno el Grande se andaban maquinando una nueva bellaquería. De ahí ese grito de rabia, que no quisimos, ni pudimos acallar, y por el cual también estamos resueltos á sufrir el plomo ó la calumnia

Réstanos poner de manifiesto lo que entendamos por responsabilidad social de los aristócratas. Lo haremos próximamente.—Que se sepa desde luego, eso sí, que cuando decimos sangre-azules, no entendemos decir Próceres. La sangre de los que nos constituyeron en Nación soberana, no tuvo color, y si lo tuvo fué el del Sol, campeando en el zenit. Bajo este concepto, nuestra veneración por esos Varones tan excelsos no tiene límites.

Pero lo que nos encalabrina, es que todavía se juzgue entre nosotros que es el *nombre* y no el hombre; que es la sangre y no los altos hechos, lo que se debe respetar. Qué le importa á la Patria que el Prócer se llame Fernández Madrid ó Salinas, Ascásubi ó Quiroga, cuando el primer papanatas que se llame Ricaurte, hace tanto como ellos, por no decir más que ellos?

Lo que importa, lo que trasciende á distancia es que haya habido Próceres.

Y que tengamos libertad.

JULIO ANDRADE,

¡DORMIDA!

Oh! ven; aquí entre las ramas
del verde sauce, la vida,
como una fuente dormida
está dejando correr.

Chist! silencio: no hagas ruido,
que su sueño es blando y leve;
oh! que no torne tan breve
de la vida al padecer.

Mírala bien: pobrecilla!
blanca en el pecho es su pluma,
tan blanca como la bruma
que se alza en el ancho mar.

Y del Zamora en la orilla
el soplo de tenue brisa
su bello plumaje riza:
¡talvez se va á despertar!

Su cabeza cuán hermosa
dentro sus alas recuesta:
ah! duerme, duerme la siesta
de tu Zamora al rumor!

Oh! no la toques, cuidado!
temblando está; se extremece;
que está soñando parece:
¡es el sueño del amor!

Mira cual su plumaje hincha;
está suspirando acaso.
Y sueña! detén el paso,
deja á la hermosa soñar.

Tan hermosa! Soñolienta,
reposo buscó en su nido;
pasito! no le hagas ruído,
quién sabe vá á despertar!

Duerme, cándida paloma,
de tu Zamora en la orilla,
pues que ignoras, pobrecilla,
las tormentas del vivir.

Reposa, sí; duerme ahora
el sueño de la inocencia:
cuando la pena traidora
envenene tu existencia,
querrás en vano dormir!

MANUEL E. RENGEL.



LA REDENCION DE UN MUNDO

Supongamos que los Estados Unidos fueran derrotados en su guerra con España. Las consecuencias próximas serían:

Desmembramiento de la gran República del Norte, pues indudablemente España trataría de recuperar total ó parcialmente, y su prensa así lo ha dicho, los territorios de la Unión que fueron suyos, desde Florida hasta California. Ya el General Pando anuncia que tiene un soberbio plan para invadir la Florida, probablemente mejor combinado que aquel otro con que fracasó en el río Cauto.

La consolidación del nefando régimen español en Cuba y Puerto Rico.

La guerra de reconquista, que emprendería España para hacerse al enorme resto de sus antiguas posesiones.

El establecimiento de otras monarquías de origen europeo en estas repúblicas.

Algo de eso sería difícil, porque estas naciones no se someterían dócilmente; pero bastaría el conato para que perdiesen su relativo bienestar.

No hay temeridad en creer que España procedería así, pues si parece haberle ya presentado al Nuevo Mundo la dimisión de sus funciones maternales, no ha sido de buen grado, sino por las mismas discretas razones que convencieron á la zorra de que se abstuviera de las uvas: España tiene que recordar, en efecto, que los Estados Unidos le han notificado, cuando ha sido preciso, su resolución de oponerse á que la Historia vuelva atrás.

Como la empresa sería demasiado grande para una sola nación, las grandes potencias acudirían á hacer leña del árbol caído; prever esto tampoco es temerario, porque el trono de México es testimonio de lo que el Viejo Mundo haría del nuestro, si pudiera.

Nadie conoce el bien que tiene, hasta que no lo pierde, dice el refrán. Si las Repúblicas latino-americanas piensan que su forma de gobierno está suficientemente garantizada por el Derecho Internacional, por el respeto que imponen á Europa, se forjan cándidamente una ilusión que debería haberles ya desvanecido la intervención efectuada en México: pues lo cierto es, aunque duela confesarlo, que su independencia se va prolongando debido lisa y llanamente á la poderosa doctrina de Monroe, que ha sido para ellas la verdadera redención; ha sido como la sombra inmensurable de la

gran Nación del Norte, proyectada benévolamente sobre todos los pueblos del Sur.

¿Quién redujo á silencio el charlatanismo de la Santa Alianza, cuando intentaba enviar sus flotas á este hemisferio, atacar su independencia todavía precaria, y devolver á España sus hijas prófugas? Ese documento célebre, tanto más vigoroso cuanto no fué siquiera ley, ni lo es todavía. ¿Quién impidió, á mediados de este siglo, que Centro América quedara desde entonces convertida en colonia inglesa? El Gobierno americano con sus tratados Clayton-Bulwer y Dallas-Clarendon. ¿Quién impidió que se inoculara una monarquía exótica á México? El Gobierno norteamericano con un *¡basta!* de Mr. Seward. ¿Quién impidió que España tratara de reconquistar las Repúblicas del Pacífico cuando les envió un comisario regio y habló de reivindicación? El mismo Gobierno americano con un gesto del mismo Mr. Seward. ¿Quién impidió que Inglaterra consumara á su talante sus despojos en Venezuela? El Gobierno americano con solo un *¡no!* de Mr. Cleveland. ¿Quién impidió, no hace cinco años todavía, que Europa restaurase la monarquía en el Brasil? El Gobierno americano, con su oportuna invocación de la doctrina de Monroe. ¿Quién impidió que el istmo americano pasara desde 1885 á poder de los Estados Unidos? El mismo Gobierno americano, que no quiso quedarse allí sino ser leal á Colombia.

Desaparezcan los Estados Unidos, y la suerte de nuestras repúblicas será que sus hijos tendrán que resignarse (algunos lo aceptarían con fruición) á vagar al rededor de los palacios de los príncipes, viendo desfilan los soberbios coches de los dignatarios *européos* en los días de besamanos; sin perjuicio de que se renovasen, desde el Río Grande hasta la Patagonia, las atroces guerras de la conquista, quién sabe por cuantos años, y con qué éxito.

Esos besamanos y esas guerras, es la Unión americana quien los impide.

No se trata, pues, de Cuba únicamente en el conflicto actual: se trata del porvenir de la civilización americana, superior por algunos aspectos á la europea, y por muchos, á la española en especial; se trata de la suerte de todo el Nuevo Mundo; se trata de la gran causa de la Democracia, de la República, de la Libertad. Cuba para los cubanos es una gran Bastilla; para los americanos todos, una gran Rochela. Hay que demoler los muros de sus calabozos para dar libertad á un pueblo oprimido; hay que arrebatársela á los monarquistas para privar de su último baluarte á la reacción.

Por tanto, el interés americano debe estar empeñado en que triunfen los Estados Unidos.

La antipatía contra éstos, si bien dista mucho, por fortuna, de

ser general, llega á tal extremo hasta en personas entusiastas por la independencia de Cuba, que aun á sabiendas de que la derrota de aquella nación arrastraría consigo la perpetuidad del régimen colonial en la Isla, agravado entonces con los abusos que estimularía la falta de todo freno, prefieren, sin embargo, el triunfo de España. Y eso proviene, por lo menos en muchos casos, de quejas ó resentimientos contra los Estados Unidos, por actos que se juzgan extralimitaciones de su fuerza: ora sus tarifas de aduanas; ora su resolución de ejercer preponderancia política en el canal interoceánico; sus procedimientos en las cuestiones que se les han sometido como árbitros; las reparaciones que han exigido para algunos de sus ciudadanos; su intervención en el Istmo, etc. etc.

Sin duda, en ocasiones el resentimiento es muy fundado; en otras, examinados los puntos serenamente, se vería que no lo es tanto, ó no lo es en absoluto; pero bien se comprenderá que nosotros no nos detengamos, pues la tarea sería larguísima, á medir las sinuosidades de ese serpenteo de quejas, y menos en circunstancias en que se dará por supuesto que no podemos ser imparciales.

Mas admitiendo la realidad de todos los cargos que frecuentemente se enumeran, no vemos por qué haya de deducirse que conviene el abatimiento de los Estados Unidos, y como consecuencia no deseada, pero sí forzosa, el sometimiento de los cubanos.

Por esto: cuando los Estados Unidos ejecutaron aquellos actos que tanto rencor han motivado, ¿poseían á Cuba? Luego no necesitan de ella para tiranizar, y llevamos nuestras concesiones hasta calificarlos, con disgusto, de tiranos. La mayor influencia que adquieran en América, será contra Europa; en este Continente no será superior á la que tienen ya.

Ahora: si se cita un caso de que los Estados Unidos hayan querido oprimir á una de estas repúblicas, y que no lo hayan efectuado porque Europa se haya opuesto, entonces sí sería de desear que la fuerza de las grandes potencias estuviese equilibrada aquí; pero como los que se pueden aducir son á la inversa, lo que nos conviene es que crezca en poder quien nos ha defendido.

La humillación de la Unión Americana significaría la dominación española, que ya se sabe lo que es; y en pos de ella, la del resto de Europa, que también se sabe lo que es: si infaliblemente hay que caer bajo la europea ó bajo la americana, escójase. Una caricatura célebre del tiempo de Calonne representa un cocinero rodeado de pavos, gallinas, pollos, etc., el cual les pregunta:

— Sírvanse ustedes decir con qué salsa quieren ser preparados: ¿salsa blanca, ó salsa negra?

— Pero nosotros no queremos absolutamente que se nos prepare, responde el grupo.

Y el cocinero les observa dulcemente:

— Ustedes se salen de la cuestión.

Pero esto no es más que una razón de conveniencia, y la conveniencia significa poco cuando no está acompañada de la justicia. ¿La tienen de su parte los Estados Unidos en el conflicto actual? ¿Se justifica su intervención en Cuba?

Nada nuevo decimos al recordar que cuando las sublevaciones de los pueblos dan lugar á guerras que se prolongan con caracteres salvajes, las grandes potencias han considerado derecho suyo intervenir, en nombre de la humanidad y en el de sus intereses comerciales ó políticos.

Heffter, acreditado profesor y publicista alemán, á quien no se tendrá por revolucionario ni por campeón del liberalismo, expresa el concepto de que "también tendrán derecho de intervenir para poner término á una guerra intestina que devore y consume la existencia de uno ó muchos países, las naciones que admitan entre sí un lazo de derecho común, y que alimenten un comercio recíproco, fundándose en los principios de humanidad". (1)

Otros autores no admiten la intervención en ningún caso, pero esas son divagaciones, porque en hecho de verdad, las naciones acostumbran intervenir por motivos filantrópicos cada y cuando les place, y el mundo, en vez de censurárselo, lo agradece. Suelen también ser egoístas, y dejar sacrificar pueblos enteros; pero el problema debe resolverse provisionalmente así: puesto que no han llegado las naciones á un acuerdo unánime sobre la legitimidad de las intervenciones; pero puesto, también, que cuando éstas se efectúan en nombre de los grandes principios humanitarios, para poner fin á matanzas en masa, se eleva de todas partes del globo un grito de reconocimiento y de alivio, todo el que no tenga corazón de piedra debe aplaudir esa clase de intervenciones, que entonces no son un *pretendido* derecho sino un deber.

En cualquier tratadista de Derecho de gentes puede el lector encontrar pormenores de multitud de casos que la falta de espacio nos impide mencionar aquí. Sólo citaremos el que más analogía presenta con el de Cuba: la independencia de Grecia. (2)

"El tratado de 1826 entre Inglaterra, Francia y Rusia, sobre los asuntos de Grecia, es la base de la intervención de los tres primeros Estados, con motivo de la horrible lucha que desde hacía tiempo venía sosteniendo el pueblo griego contra el imperio turco. Esta intervención se fundaba en lo prolongado de la lucha, en su carácter de ferocidad por parte del Gobierno turco y en los males que tal situación traía sobre Europa. El pueblo griego había también solicitado la de Inglaterra, Francia y Rusia. El tratado en que se acordó esta intervención disponía

(1) Citado por D. Carlos Calvo en su *Derecho Internacional*, 1868, tomo I. página 137.

(2) Obra y tomo y citados, páginaa 155 y 156.

que sería ofrecida al gobierno turco la mediación de las tres potencias, y que al mismo tiempo se propondría un armisticio á los contendientes; fijaba también los términos para resolver la significación política de Grecia, y declaraba que la cuestión de límites sería objeto de posteriores estipulaciones. A estos artículos públicos se añadió otro secreto, en virtud del cual los contratantes disponían que se mandaran agentes consulares á Grecia, y que los de Grecia fueran recibidos, que se concediera un mes para la aceptación del armisticio propuesto, y que si no era aceptado por los contendientes, los contratantes adoptarían por su propia cuenta las medidas que reclamaran las circunstancias, para lo cual autorizaban á sus representantes en Londres.

Grecia aceptó la mediación de los tres grandes Estados europeos, pero Turquía no se conformó, siendo esta la causa de la batalla de Navarino.

La intervención que acabamos de narrar en sus principales accidentes está completamente justificada ante los principios del derecho internacional. Sus motivos fueron legítimos, su desenlace lo fué también. Por esto dice Heffter, que la legitimidad de la batalla de Navarino es incuestionable.

Los tres Estados que intervinieron á favor de Grecia en su lucha contra Turquía, garantizaron después la independencia del nuevo reino....”

El modo cruel como han hecho los españoles la guerra en Cuba, nos hace retroceder á las épocas de más refinada barbarie. No queremos citar más que una de las múltiples faces de esa servicia, y para ello traduciremos la parte relativa á los reconcentrados del informe que leyó en la alta Cámara de la Unión el respectable Senador por Vermont, Mr. Proctor, el 17 de Marzo último. Ese informe fué juzgado como un modelo de moderación, pues lo que hay en él de espeluznante no resulta de exageraciones declamatorias, sino de la brutalidad de los hechos mismos. Dice así:

“Todos los habitantes de las cuatro provincias occidentales, en número como de 400,000, que vivían fuera de las ciudades fortificadas, fueron, en virtud de orden de Weyler, arrojados á dichas ciudades, y esos son los reconcentrados. Eran campesinos, labradores muchos de ellos, propietarios algunos, otros arrendatarios, con más ó menos capital, otros braceros de las haciendas y cultivadores de pedazos de tierra, pues en aquel fecundo país, un pedazo de tierra basta para el sustento de una familia.....

Por lo general vivían en chozas de palma ó en casas de madera. Algunos poseían edificios de mampostería, cuyas paredes ennegrecidas son lo único que subsiste como testimonio de que el país estuvo habitado. El artículo 1º de la orden de Weyler dice así:

“Ordeno y mando: 1º Todos los que residan fuera de la línea de fortificaciones de las ciudades, se reconcentrarán dentro de ocho días en las ciudades ocupadas por las tropas. Expirado ese plazo, toda persona á quien se encuentre en lugares inhabitados, será considerada como rebelde y tratada como tal.”

Los ocho días debían contarse desde la publicación de la orden en las cabeceras de las jurisdicciones municipales.

Muchos no tuvieron ni noticia de ella. Otros estuvieron á punto de ser víctimas de su terrible alcance. Se dejó á discreción de las guerrillas proceder contra los desobedientes, y se me ha informado que en muchas ocasiones se aplicó la tea á las casas sin el menor aviso, y los habitantes huyeron con sólo la ropa que tenían puesta, pues de todo lo que poseían se adueñaron los guerrilleros. Al llegar á las ciudades se les permitió construir chozas de paja en los suburbios y ejidos, para que vivieran allí, si podían. Las dimensiones de esas chozas son 10 x 15 pies, y por falta de espacio están muy apiñadas y llenas. No tienen más piso que el suelo, ni hay muebles, y en cuanto á vestido, después de un año de uso, no disponen los reconcentrados sino de lo que improvisan con lo que pueden encontrar; en aquellos limitados recintos viven familias largas, y á veces más de una. Allí son imposibles las más simples medidas higiénicas: á este respecto, las condiciones de aquella existencia no se pueden ni mencionar. Arrancados de sus casas, absorbiendo inmundicias en la tierra, en el aire, en el agua y en los alimentos, cuando los consiguen, ¿qué extraño que la mitad haya perecido, y que la cuarta parte de los que sobreviven estén tan enfermos, que no puedan salvarse? Cierta clase de hidropesía es el resultado de ese modo de vivir. Véanse niños de muy tierna edad, que todavía caminan, exhibir los brazos y el pecho horriblemente enflaquecidos, los ojos hundidos y el abdomen hinchado tres tantos del tamaño natural. Los médicos dicen que esos casos son desesperados.

No son raras las defunciones en las calles. Uno de nuestros cónsules me dijo que se les suele encontrar muertos por la mañana en los mercados, donde se amontonan esperando conseguir algunos desperdicios de comida, de los revendedores que madrugan, y que á veces han quedado muertos dentro del mercado, rodeados de alimentos. Esos infelices vivían con independencia y podían por si mismos subvenir á sus necesidades antes de la orden de Weyler. Pero ni aun ahora mendigan. Hay muchos pordioseros de profesión en las ciudades, pero los campesinos, los reconcentrados, no han aprendido el oficio. Raras veces, cuando va uno á sus chozas, se extiende una mano en solicitud de limosna; mas su aspecto implora con mayor fuerza que pudieran hacerlo sus palabras.

De los hospitales no necesito hablar. Otros los han descrito mejor de lo que pudiera yo hacerlo. A mí me faltan palabras. Fuí á Cuba con el firme convencimiento de que la pintura había sido exagerada; de que unas pocas excepciones habían inspirado y estimulado á los corresponsales de los periódicos, y que éstos habían dado rienda suelta á su imaginación. Antes de partir, recibí por el correo una publicación del *Christian Herald* con grabados de algunos reconcentrados enfermos y desfallecidos de hambre, y la traje conmigo, pensando que serían ejemplos raros, recogidos para causar la peor impresión posible. Pero después he visto muchos peores, muchos que no podrían ser fotografiados ni exhibidos. Yo no podía creer que de una población de 1.600,000 habitantes que tiene la Isla, 200,000 hubiesen sucumbido de esa manera durante unos pocos meses, por falta de alimentos suficientes y adecuados.

Mis informes proceden de personas no aficionadas á alarmar: nuestros médicos, nuestros cónsules, los alcaldes, las juntas de socorro, comerciantes respetables, banqueros, médicos y abogados; algunos nacidos en España. Todos confiesan que los relatos no han sido exagerados. Lo que yo he visto, no puedo decirlo: para creerlo tiene uno que contemplarlo con sus propios ojos. El hospital de Los Pasos en la Habana ha sido recientemente descrito por mi colega el Senador Gallinger, y no puedo decir que él haya excedido la realidad, pues ni aun su fecunda pluma podría excederla. El lo visitó después que el doctor Lesser, uno de los ayudantes de Miss Barton, lo renovó y le puso camas. Cuando yo lo visité, 400 mujeres y niños yacían por el suelo, en un estado indescriptible de flacura y enfermedad, muchos con harapos escasos por cobijas.... ¡qué cobijas! Los niños, tan desnudos como cuando nacieron. Y en las demás ciudades, las condiciones son todavía peores.

.....
 La orden del General Blanco, de 13 de Noviembre, intentó modificar la de Weyler, pero sus resultados prácticos han sido escasos ó nulos."

Y no ha sido en esta Revolución cuando los españoles han extrenado su sistema de crueldades. A tal punto llegaron en la guerra anterior, que el Gobierno americano mandó decir al español, por medio de su Ministro en Madrid, lo siguiente, al amenazar con intervenir: "Si esto pasara lejos de nosotros, podríamos callar; pero el asunto se agita á nuestras puertas". Hace, pues, más de un cuarto de siglo, que está España notificada.

Dése por sentada la derrota de los cubanos; cada diez ó quince años levantarían de nuevo sus vivacs y España sus mataderos, y tendrían los Estados Unidos que estar contemplando la intermitencia de nuestros sacrificios, y gastando millones de pesos en sus costas como agentes de policía de España contra nuestras expediciones. El único modo de que eso terminara de una vez, era poner fin á la dominación española en Cuba. No quedaba otro recurso que la intervención. Esta queda, pues, justificada.

Pero hay más. Los españoles, sin admitir que hubiese en Cuba lo que en derecho internacional se llama "estado de guerra", han querido arrogarse sobre los buques mercantes americanos el derecho de registro, aceptable sólo en tiempo de lucha, y eso bajo condiciones determinadas. Justamente la segunda contienda de los Estados Unidos con Inglaterra, fué por haber la última practicado ese registro. Los marinos iberos lo han pretendido también: el vapor *Aliança* se libró de tamaño ultraje, debido á su velocidad, pero corrió el riesgo de ser echado á pique por los cañones de los navíos españoles.

Centenares de ciudadanos americanos han sido vejados, no pocos asesinados, entre ellos un cónsul en Andalucía. No contemos, concedido, la infeliz carta del Sr. Dupuy de Lome, cuya res-

ponsabilidad rechazó España, como lo intentó también respecto de la catástrofe del *Maine*; pero este último aterrador siniestro patentiza que España es un vecino peligroso, incapacitado para dar garantías á las otras naciones. Nadie podrá creer que la voladura del acorazado fué ordenada por el Gobierno de Madrid ni por el de la Habana; pero que fué con torpedos suyos, pues esa clase de elementos de guerra no los posee ningún particular; y que fué obra de antiamericanos, nadie lo puede dudar tampoco, en vista de sus circunstancias, determinadas en el *Informe* de la Comisión investigadora, y también si se recuerda el anónimo que recibió el Comandante Sigsbee, y los artículos de periódicos peninsulares y de la Habana, en que se anunciaba el desastre, y se manifestaban extrañezas porque no hubiera ocurrido ya. Vaya una muestra: la explosión fué el 15 de Febrero, y á fines de Enero publicaba lo siguiente *El Ejército Español*, de Madrid:

“*Maine* por arriba.

Maine por abajo.

Maine por delante.

Maine por detrás.

Ahora es la palabra de moda.

—¿Qué sabes del *Maine*?

—¿Ha saltado su tripulación?

—Sí; es fácil que dé un *salto mortal* si se extralimita.

Y así no se mecerá orgulloso, como dice un colega, sobre las aguas de la Habana”.

Demasiada paciencia han tenido los Estados Unidos; Alemania, Rusia, ninguna gran nación europea hubiera sobrellevado tanto; pero ellos, por lo mismo que son tan fuertes, prefirieron esperar á que la copa rebosase, para presentarse ante el mundo cargados de razón hasta el exceso, en el día inevitable del castigo.

¿Por qué no intervinieron desde el principio? suele preguntarse.

Porque esa festinación sí hubiera sido incorrecta. En primer lugar, al comenzar la revolución cubana no podían haber sobrevenido los agravios que han ido recibiendo durante el curso de la lucha; y perdónesenos la perogrullada. En segundo lugar, no se acostumbra intervenir desde los primeros tiros: eso hubiera sido una preterición del deber. Hallándose en buenas relaciones con España, se limitaron á observar, primero; después ofrecieron sus buenos oficios; presentaron proposiciones de arreglo; cuando los perjuicios comerciales y de todo género que experimentaban, se acrecentaron sin perspectiva de breve término, anunciaron la intervención, pero la pospusieron todavía al comunicárseles que el planteamiento del régimen autonómico desarmaría á los rebeldes. Así es como debe proceder una nación amiga, y no arrojándose so-

bre Cuba como un huracán desde los primeros trastornos. Casi todos los estadistas españoles, á empezar por Cánovas, han reconocido la rectitud de Cleveland y McKinley hasta hace poco, y si no la siguen reconociendo ya, es porque hoy les duele esa misma rectitud.

En cuanto á la anexión, extensamente hemos tratado este punto en un estudio que publicamos antes de la guerra, y se nos hace fatigoso repetir al pie de la letra todo lo que allí dijimos. Sí hay anexionistas en los Estados Unidos y los hay en Cuba, como los hay en todas estas repúblicas respecto de sus respectivos países; pero en todas partes están en pequeña minoría. Y no hay error en afirmar que no predominan ni aun al disponer del Poder Ejecutivo en Washington, porque, de haber predominado, habrían conseguido alguna nueva propiedad dentro ó fuera del Continente, siquiera alguna estación naval en la Isla dominicana. Que el fracaso se deba al Senado americano, ó á la resistencia de las dos Repúblicas de aquella isla, ó á ambas cosas á la vez, siempre resulta que los anexionistas de la Casa Blanca no pueden coronar sus intrigas; no pueden hacer todo lo que quieren; luego no predominan.

Cuando los esclavistas ejercieron el poder, hicieron esfuerzos por adquirir á Cuba, contando con que por sus esclavos y por sus condiciones agrícolas, haría causa común con el Sur, asegurando así con sus votos la dominación indefinida del partido democrático. Tal razón ha dejado de subsistir desde la abolición de la servidumbre, y hoy más bien teme el Sur, como lo indica el eminente escritor Mr. Bryce en su *American Commonwealth*, que Cuba, incorporada en la Unión Americana, haga competencia triunfal al azúcar que aquella región produce en condiciones menos favorables.

Pero suponiendo que ni un norteamericano dejara de ser anexionista, la cuestión capital sería ésta: ¿se llevará á cabo la anexión contando con el consentimiento de los cubanos, ó por la fuerza?

Si con el consentimiento, y está resuelto el punto: no habrá anexión, porque el plebiscito de Cuba la rechazaría.

Si no se cuenta con nuestra voluntad.... Pero es que no puede dejar de contarse, porque la patria de Washington no es una monarquía despótica, sino una república cimentada en el sufragio, que no puede hacer entrar en su seno países extraños que no quieren entrar: pruébanlo Texas, las Antillas danesas y Hawaii. Con Alaska no se llenó ese requisito, por tratarse de un territorio despoblado; pero en Texas si se votó, y lo mismo en Santhomas y San Juan, y en el archipiélago del Pacífico. No se consumó la anexión de las Antillas mencionadas, á causa de que el Poder

Legislativo de la Unión se opuso, fundándose en que *no se quieren más territorios al Sur*; ni la de las islas Hawaii, por eso mismo, y porque es productor de caña de azúcar, y militan las mismas razones que respecto del azúcar cubano. No se podría respecto de un país civilizado como Cuba, prescindir del voto, que en lugares de menos importancia se respetó. Someterla á sangre y fuego como á los indios, gobernarla como á territorio conquistado, ni las leyes ni los antecedentes de los Estados Unidos lo permiten, y ya ellos adquirieron en la ex-Confederación del Sur experiencia de lo muy trabajoso que es gobernar regiones descontentas. El Mensaje mismo de Mr. McKinley, presentado el 11 de Abril último al Congreso, dice: "De anexión á la fuerza no hablo, porque en eso no se puede pensar" (*I speak not of forcible annexation, for that can't be thought of*).

El recuerdo de la guerra con la República de México, y de sus resultados, no nos desconcierta, porque, aun prescindiendo de la escasa población del territorio arrebatado, y de la indemnización pecuniaria que por él se pagó, nuestra admiración á los Estados Unidos no nos induce á negar sus faltas, y antes de ahora hemos reconocido que la esclavitud les hizo cometer muchas, no renovadas después de la abolición. Una de ellas fué esa. Otra, y la más dolorosa para los cubanos, fué la oposición que hicieron á los planes de Bolívar cuando el Congreso de Panamá, para evitar que se diera libertad á los esclavos en las Antillas. Estos setenta años de nuestro duro coloniaje, se lo debemos á los Estados Unidos. Al proclamar ahora nuestra independencia, nos dan una reparación que nos debían, se la dan á los manes ilustres del Libertador, se la dan á esta noble y generosa Colombia, que tantos esfuerzos empeñó entonces por nuestra libertad. Es claro que los cubanos, con ó sin auxilio exterior, hubieran luchado hasta el fin, esto es, hasta la victoria, ó hasta su aniquilamiento total; el triunfo, de ese modo, hubiera sido más satisfactorio, pero también más caro, por la pérdida de vidas y de bienes, y jamás se ha considerado iguominia el apoyo prestado á los pueblos que luchan por su independencia.

Hemos dicho que después de abolida la esclavitud, el Sur no tiene ya interés en la anexión; pero si ésta se efectuara, Cuba se afiliaría siempre á la política de ese mismo Sur, porque los elementos afines se atraen, y los republicanos, que gobiernan casi sin interrupción desde Lincoln, perderían su preponderancia. ¿Son ellos miopes para no verlo?

El autor de estas líneas no es anexionista; pero si se abstiene de serlo, no es por razones sentimentales de apego á su origen español, y puede seguir D. Juan Valera llamándolo *descastado*: que si para no serlo se necesita ser cómplice de los opresores de

los pueblos, preferimos instintivamente la buena compañía de tantos ilustres compatriotas nuestros, que han adquirido con su protesta mejores títulos á los ojos de los hombres verdaderamente dignos, que los que podían darles la circulación, por sus venas de sangre inquisitorial.

¿Cómo ha tratado la "santa madre" España en América á los que llama "su raza", á los que eran carne de su carne y huesos de sus huesos? El continente hispano-americano puede olvidar, si así le place, á sus verdugos, y con ellos las sublimidades fugitivas de sus propias epopeyas; los cubanos tenemos demasiadas preocupaciones con nuestro presente y nuestro porvenir, para constituirnos jueces de ese olvido. Nosotros estamos todavía bajo la obsesión de los malvados que cometieron el crimen de la reconcentración, de los que pasan á cuchillo á las mujeres, los niños y los ancianos, de los que ponen término con sus bayonetas á las agonías de los hospitales, de los que llenan los presidios de Africa con los hombres más beneméritos de todas nuestras generaciones. En el alma de Weyler, como en la de Valmaseda, se condensaron todas las perversidades de una legión de Caínes. ¡No faltara más sino que Abel apareciera ante el mundo como dechado de gratitud, y admirando, al morir las grandezas negativas de su parentela! Entre el hermano que nos hiere y el extraño que nos arranca de las garras del fratricida, la elección no puede ser dudosa. Si nuestra condición es tan triste que tengamos forzosamente que elegir entre súbditos de los Borbones ó conciudadanos de McKinley, Sherman, Logan, Proctor..... á ciegas, sin vacilar, preferiríamos la nacionalidad americana. Esto es una ley de la naturaleza, más poderosa que la de la sangre. Así se castiga á los Gobiernos que no han sabido inspirar ningún sentimiento benigno!

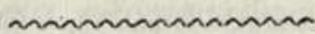
Cuando oímos hablar con delicia arcáica de la hidalguía de España, de sus tradiciones gloriosas, de sus hombres eminentes, de sus complicadas virtudes, de su majestuoso poder en siglos que fueron, de sus platónicas leyes sabias de Indias, de sus insuperables heroísmos mal logrados, de sus hipos de ternura para con sus antiguas colonias, nos llenamos de asombro al considerar la cantidad enorme de cualidades que necesita reunir un pueblo para.... para no saber hacerse amar sino de unos pocos biznietos de los que sacudieron su yugo!

No somos anexionistas, porque hay en los Estados Unidos cosa de ocho millones de negros que en gran parte, si no en su totalidad, inundarían á Cuba, y entonces sí habría allí conflictos de razas, y las primeras víctimas serían nuestros propios negros, á quienes queremos como hermanos nuestros que son. Suprimiérase ese obstáculo, y ahora que los Estados Unidos se han hecho acreedores á nuestro inextinguible reconocimiento, sin tener con

los cubanos vínculos de sangre, de idioma, de costumbres, de religión, de historia, en tanto que "nuestra raza" intentó exterminarnos; ahora sentiríamos satisfacción en vivir bajo el pabellón estrellado, á cuyas benéficas reverberaciones florece la Libertad en inagotable primavera. ¿Hay en toda nuestra América quien pretenda ser más libre, gozar con mayor amplitud de todos sus derechos, que el último carbonero de los Estados Unidos? ¿Hay quien imponga, en mayor grado que ese carbonero, respeto á todo el mundo, al Zar de todas las Rusias como al Síndico de Andorra? Miembros de la Unión, nos enorgulleceríamos, aumentando su fuerza, con ayudarla á dar mayores garantías á las otras repúblicas americanas, de que su independendia no les será arrebatada por Europa; gozaríamos con ser en parte fiadores de la libertad de estas naciones hermanas, siquiera para corresponder á los esfuerzos que ellas han realizado por la nuestra.

RAFAEL M. MERCHÁN

Bogotá Mayo 4: de 1898.



CARTA

que Fray Colás dirige á Fray Pinche y Marmitón, sobre el nobilísimo arte de la cocina.

A fe de hombre honrado, hermano Marmitón, desde que soy Fray Colás, no he saboreado bocados más sabrosos que los mandados por su paternidad en el número VI del "Album Ecuatoriano". Juro por mi tosco sayal, que el guiso no es obra de manos legas, sino de las de un fraile hecho y derecho, con más sabiduría y paladar que un maestro académico, y con más salsa que un picante peruano.

Hablar de bucólica á Fray Colás, es dar en la cabeza del mismo clavo y tocarle en la parte endeble de su naturaleza frailuna; pues como fraile, ama los buenos platos y se priva por ellos, aunque el pecado de la gula traiga como séquito á los compañeros capitales. Mis hijas de confesión conocen este defectillo, sobre todo las viejas beatas de hábito y rosario, y con frecuencia regalan mi paladar con buñuelos, *costras* de dulce y otras ricas porquerías.

La innata afición á comer bien, ha hecho que mi humilde persona, leyera algunas obrillas de cocina, desde la célebre obra del rey de los gastrónomos Savarín, hasta el "Manual de la cocinera del campo y de la ciudad." Ahora que su paternidad anuncia la publicación de un nuevo manual por el Sr. Gehin, mi entendimiento adquirirá nuevos y raros conocimientos, y la obrita tendrá en mi celda honrosa colocación, aunque para ello desaloje unos pergaminos empolvados que hoy usurpan el puesto dedicado á los libros, tapando con ellos, á falta de otra cosa, el orinal de hojalata.

La más noble y fructuosa tarea, que puede llenar una buena inteligencia, es la de descubrir nuevos y sabrosos bocados, pues su reverencia comprenderá á tiro de ballesta, que los actos morales tienen directa subordinación con el estómago. El negro *spleen* ó diablos azules de los ingleses, obedecer sin duda alguna, más que á la niebla, al grosero alimento que ellos se engullen, con el nombre de *rosbeak*, *pouding porter* y otras cosas indigestas y mal zasonadas. El genio alegre y el vivo *esprit* del pueblo francés ¿quién lo duda? obedece á su regalada mesa á su *gourmanderie* y á sus buenos vinos.

La cocina influye sobre el individuo en lo físico y en lo mo-

ral, y todos los actos humanos, buenos ó malos, obedece á tal ó cual salsa, ó á tal ó cual condimento.

La Iliada, la Eneida, el Quijote, y tantas obras maestras, ¿quién sabe si nacieron, delante de un rico guiso, caliente y oloroso?

Sobre todo, tratándose de literatura, el principio que acabo de sentar, es más aplicable. Del célebre apotegma de Savarín podemos sacar, si le parece bien á su paternidad, este otro: "Dime qué comes y te diré qué ó como escribes" ó también esta variante: "Tu estilo es tu comida". Pues si es cierto que la glotonería apaga el espíritu, no es menos cierto que una mala é insuficiente alimentación, debilita la mollera, y de mollera vacía saque vuesa paternidad aunque sea un artículo sobre Biblias protestantes.

Pero hasta aquí trato solamente de asuntos baladíes, y sin salir del asunto comidas, voy, con perdón de su paternidad, á presentar una pequeña observación.

¿Ha notado Ud. el notable parecido que ciertos platos tienen á ciertas literaturas? Pues haga su paternidad la prueba y será de mi opinión. Para comprobar mi tesis le invito á mi celda, donde en una mesita de dos palmos de altura, cubierta de una sábana á guisa de mantel, y adornada con malos *cubiertos* de hierro, comamos juntos una mala comida, á la *criolla*, pues mi cocinero no entiende de otra.

El primer plato es un *puchero*. En medio del líquido lechoso que tiene el nombre de caldo y caldo *chirle*, por cierto, nadan tronchos de carne fibrosa, amoratada, dura, llena de cartílagos; á la carne hacen compañía, rodela de plátano dulce, papas crudas, *yéndose á la mata*, coles verdes, hebras de cebolla de lombriz solitaria y unos trocitos de negra longaniza. Dígame su paternidad sin ambages ni rodeos ¿está comible el pucherito? No le parece que ese caldo es vacío de sustancia y que ni los adminículos suministran sabor al caldo ni el caldo ha logrado cocerlos á satisfacción? Pues para probar mi tesis, hermano Marmitón, no encuentra Ud. espantable semejanza, entre este plato y muchos libros, folletos y periódicos de esta tierra? El caldo es el caletre de los escribidores, y los agregados, son los asuntos que quieren dilucidar en sus obras. Este parecido es más notable, si su paternidad se acuerda de "La Estrella del Ecuador" de la "Familia Cristiana" ó de los artículos de uno que yó me sé y que talvéz su paternidad adivina.

Después del puchero viene un *arrocito de cebada*. Agua tibia en la cual cuecen granos de este humilde cereal, hijo de los páramos. Este plato tiene la particularidad de no tener sabor; pues no es dulce ni salado, ni agrio ni amargo, ni picante, ni nada. ¿Le gusta á su reverencia este platito? ¿Qué vá que Ud. no lo ha comido ni en las problemáticas hambres conventuales? Pues ha-

blando en confianza, ni á mí me gusta, aun cuando el Padre Guardián asegura ser muy bueno para la orina y el hígado.

Pues en literatura *arroz de cebada* es todo escrito cursi y sin sabor, publíquese en donde se publicare. *Arroz de cebada* es una turba de periódicos de esta provincia del Ecuador, como "El Deber" de Riobamba, "La Cruz de Ambato" y cien otros. *Arroz de cebada* es el gran Nankijukima del P. Vacas; *arroz de cebada* mal cocido, es nuestro querido hermano el P. Proaño cuando se mete á poeta. *Arroz de cebada* es. . . . en fin, no acabaría nunca porque este plato es el más común en la mesa y en la literatura ecuatoriana.

Sigamos con la comida. Ahora ponen en la mesa esta fuente de *juanesca*, mezcla de *chochos*, frejoles, habas etc., etc. nadando en leche, en compañía de un troncho de *bagre* traído de Babahoyo, apestoso como una pocilga. Creo, hermano, que el primero de los platos indigestos de la comida criolla es este. Como hechos á la comida de vigilia, y por ser nuestros estómagos de gran capacidad, podemos comer de este embolismo sin tener muchas probabilidades de reventar.

A este platito tan indigesto se parecen las disertaciones y controversias de alta filosofía; y prefiero comer una montura chocontana con todos sus aderezos, antes que embaular en mi pequeño cacumen, cuatro tomos de filosofía tomista, krausista, hegeliana etc.

Juanesca indigestísima son muchas novelas y cuentos, millares de periódicos, libros, folletos, opúsculos, hojas sueltas etc., etc., etc. Juanesca que produce timpanitis, es "El Industrial", "El Atalaya", "La Sanción", "La America modernista", los versos de algunos académicos de la Ecuatoriana y muchas otras cosas; juanesca que causa indigestión fulminante, es la prosa del autor de la Campaña del Centro, y la de algunos colaboradores del "Ecuador literario".

Va por el cuarto plato, y este sí, es muy alimenticio, como que es lomo de vaca vieja, asado á la parrilla. Vea su paternidad, no es un *Chateaubriand* pero en fin, es carne; y aunque dura, guardada y de mala calidad, es alimento sólido y basta esta cualidad, según los hermanos del "Ecuador literario", para engullir, aunque sea piedras. ¿Quiere Ud., hincarle el diente, hermano? ¿Le repugna? ¡Le parece talvez superior á sus fuerzas digestivas introducir en el estómago esas libritas de carne sin ingredientes, para hacerla sabrosa y digestiva? Anímese, vuesa paternidad, vea que si Ud. no la come, las paternidades del "Ecuador literario" lo han de mirar con malos ojos, tratándole de soberbio, descontentadizo y descortés. Vea, hermano, que de no hacerlo cae en pecado mortal.

Vamos ahora á la semejanza. Este lomo de vaca alimenticio

y fuerte, pero duro de tragar y digerir, es igual á muchos artículos de periódicos que aunque profundos y sabios, son á causa de su misma insondable profundidad inleíbles para las 99 partes de los lectores. Lomo de vaca vieja son muchas obras en 20 tomos grandes y que causan terror con solo mirarlos. Lomo de vaca vieja y flaca son algunos de los artículos del ya tantas veces nombrado "Ecuador literario", los discursos pronunciados en las veladas literarias, las coronas fúnebres, los sermones impresos, los artículos políticos de fondo, que, llenando veinte ó treinta columnas de periódico, se publican en esta provincia del Ecuador. Lomo de vaca flaca vieja, y asado sin sal ni pimienta, es cualquiera poema sobre asuntos morales y elaborado con las reglas clásicas.

Ahora, hermano Marmitón, hágame el favor de hincar el diente en esas tortillas de viento, obsequiados por una beatita muy cuca. Qué ricas están, no es verdad? Si estas beatas del diantre, las entienden cuando quieren preparar algún bocadito para el confesor. Pero, qué demonios!.....no hoy sustancia, y apenas si, engullendo una docena, pongo entre pecho y espalda, media onza de alimento para el húmido radical. Vaya, hermano, estas tortillas le hacen á uno pensar en lo que son muchas notabilidades; pero mejor es no meneallo, y vamos á nuestra comparación.

Tortillas de viento son algunos periódicos de Guayaquil, sobre todo la vieja "Nación", que aunque macuca es llena de aire. Tortillitas y muy requetebuenas son los escritos de algunos académicos de la Ecuatoriana, correspondientes de la española; tortillas de viento y bien hinchadas, son algunos artículos de "La Cruz" de Ambato, de "El Herald" de León y mil y mil escritos en prosa y verso publicados en las islas y en tierra firme, sin olvidar la rica inspiración de Molestina y Ordeñana, Castor y Pílux de los poetas ecuatorianos.

Ud. sabe, venerable, hermano, que en esta tierra no hay comida sin dulce; pero como la bolsa anda mal en estos tiempos, y como mis hijas de confesión, se han olvidado, sin duda, de suplir esta falta, voy, pues, á servirle un poco de miel hecha de raspadura. Tiene, eso sí, el inconveniente de ser dulce demasiado empalagoso, y aun, cuando se lo toma con exceso, vienen conatos de arrojarlo por donde entró.....Vea, hermano, no se haga de rogar, este platito sopero, lleno de espesa miel, no es para tantos espavientos; cierre los ojos, y ensopétese, porque según dicen los sabidores, después de la comida de sal, viene bien á la sangre, un poquito de dulce.....Antes de enjuagarse la boca, y para que todavía persista el empalago de la miel, allá va el símil.

Pues miel de raspadura son las novelas de Pérez Escrich y María del Pilar Sinués; miel de raspadura son los versos eróticos

ó elegíacos de la mayor parte de los poetas principiantes, inclusive algunos de la Antología ecuatoriana. Miel espesísima y con trozos de raspadura, todavía no desleídos, eran las crónicas que publicaban en Quito los periódicos progresistas, y por último miel tan espesa que casi es ya raspadura, es un joven vate que demora en las orillas del Guayas.

Concluida ya la comida, voy á pasar á su paternidad un poquito de agua para que con ella enjague la boca y quite el sabor de la miel. El agua está turbia, pero haga Ud. solamente gárgaras y arrójela después..... Pero ahora caigo en que á esta agua que sirve para limpiarse la boca, se pueden comparar los artículos de Daniel Proaño, San Martín, Rañón, Eudófilo y otros águilas del pensamiento. (¿Hasta cuándo han de ser águilas?)

Ahora, ruego á Su Paternidad, que dispense la mala comida, ofrecida por uno que tiene la despensa desprovista de sal, erudición y maestría. ¿Para otra comidita me prestaría Ud. los ingredientes?

Ojalá la obrita del Sr. Ghéin despierte en mi alma nuevos horizontes culinarios y pueda dedicarme en cuerpo y alma al regalado yantar.

Besando á su reverencia la punta del cordón y agradeciéndole el sabroso manjar que me ha dado en su estudio, se despide su affmo. compañero de apostolado.

FRAY COLÁS.



RECUERDOS DE LA GUERRA CIVIL

POR

CARLOS ANDRADE.

XVII

El combate empezado á las diez de la mañana y de cuyo buen resultado estábamos seguros por la impetuosa manera como fué iniciado de parte de nuestros soldados, terminó á las tres de la tarde. Se dispararon cosa de cien mil tiros y hubo más de ochenta víctimas de uno y otro bando. La falta de dirección influyó en gran manera para nuestra derrota; mas tuvo también mucha culpa la Oficialidad y la tropa. Nadie ignora en el Ecuador que los soldados de la Provincia del Carchi, los *pupos*, rojos ó azules, son valientes hasta la temeridad; y acaso todos saben que adolecen de un grave defecto: la insubordinación. Esto hace talvez que el *pupo* no sea considerado como el mejor soldado de la República. Por lo demás es paciente y soporta intemperies, hambres, enfermedades, fatigas sin exhalar una queja. Cuando entra en combate suele agachar la cabeza, lanzarse á escape y poner veinte pasos de intervalo entre un disparó y otro. No atiende á los toques de corneta ni á la voz de los Jefes. Avanza y hace fuego; y en el instante en que se le acaban las municiones, si el enemigo está próximo le acomete á tornillazos, si está distante vuelve cara y echa á correr sin que haya poder humano capaz de contenerlo. El rifle sí no le abandona nunca, porque en la derrota le sirve para proveerse de lo necesario y además comprende que puede utilizarlo en otra ocasión. El Oficial casi es lo mismo. Aguanta el fuego y pelea como soldado; pero apenas ve que huyen los suyos, procede de igual manera sin intentar siquiera impedir la fuga. Tal cosa ocurrió en el combate del 26 de Marzo. Concluídas las cápsulas que tenían en sus cacerinas, los soldados se derrotaron. Una guerrilla que, al mando del Capitán Carlos Villarreal, muerto en un nuevo combate que tuvo lugar en las mismas calles de Tulcán días más tarde, sostenía los fuegos en una esquina, á una cuadra del cuàrtel, impidiéndole todo movimiento al enemigo, abandonó su puesto en el momento crítico, por falta de municiones, dando campo á los sitiados para que saliesen y nos atacasen por retaguardia. Esto fué todo. Hánme

dicho que entre los asaltantes circuló la voz de que los Sres. Arellanos les fusilaban por la espalda, lo cual originó la derrota. La misma infame calumnia propalaron los conservadores contra el General Alfaro, después de la batalla del 9 de Julio de 1883. Los tiros que recibimos todos del modo que dejo dicho, fueron provenientes de los asaltados quienes salieron, como era natural, al notar que habían cesado los fuegos en uno de los puntos de ataque, envolviéndonos fácilmente.

La intervención de los Generales Arellanos habría sido provechosa, no cabe duda; mas el capricho y la intransigencia de los conservadores nos privó de tan útil apoyo y evidente es que á si propios se hicieron daño. Quién sabe si éstos, obtenido el triunfo en ese memorable combate, no se hubiesen hecho dueños de la situación y sumido al pueblo en la peor de las abyecciones, asegurando su dominio para mucho tiempo!

XVIII

El balazo que recibió Gallegos nos trastornó de tal modo que no fuimos capaces de coordinar dos ideas, privándonos del uso de la palabra y manteniéndonos tendidos en el suelo durante largo rato. Los disparos eran raros; mas de continuo nos despedazaba los oídos el penetrante sonido del clarín del cual conservo tan indeleble recuerdo que hasta ahora me estremezco cuando lo oigo, porque se me viene á la imaginación el triste cuadro de nuestra derrota. Hallándonos en ese indecible estado de estupor sentimos pasos y ruido de armas en el interior de la casa á que pertenecía el cuartucho donde nos habíamos refugiado; y de improviso se presentaron soldados á la puerta.—Aquí está el de botas amarillas que nos tiroteaba de la esquina, gritó uno, rinde ó muere!—Esta intimación se dirigía á Gallegos quien estaba más visible que nosotros; y sin darle tiempo para nada le empuñaron sacándole fuera á empellones. Egas y yo escapamos casualmente. No nos vieron los vencedores y se fueron contentos con el prisionero que habían hecho.—Entréguenos en el acto cuanto tenga, oímos que le decían; y en efecto le despojaron de su reloj y mi binóculo que se hallaba en su poder desde el principio del combate. Justo es decir que el reloj le fué devuelto lo mismo que el binóculo, á pesar de la tierna afición que á este último objeto háiale cobrado cierto Capitancito de la caballería.

La captura de nuestro amigo, hizo más penosa nuestra situación y todavía no repuestos del pánico hablamos en voz baja respecto de su gravedad. Ninguno de los dos conocíamos á nadie en Tulcán: de un momento á otro podíamos ser descubiertos; y

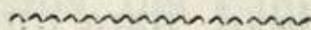
pensar en dirigirnos á Colombia era un disparate, porque ignorábamos qué camino debíamos seguir, suponíamos que se habían mandado comisiones en persecución de los fugitivos y á más de todo esto no contábamos con un centavo. Por otra parte, acordábase de las palabras de Salvador Perdomo; y temía que al incorporarme á los derrotados, quienes probablemente habían procurado ganar la frontera, me echasen la culpa de la pérdida por haber dado unas pocas armas al General Nicanor Arellano y me mandasen á cenar ocas con Cristo para lo cual, francamente, no tenía ya la menor disposición, aterrado como estaba por cuanto viera. En tal conflicto pasamos un rato largo y angustioso. De repente se presentó una mujer toda asustada y no tuvimos reparo en referirle nuestros apuros suplicándole al mismo tiempo llamara al dueño de casa si se encontraba en ella. La mujer compadecida de nosotros nos ofreció de comer y accedió á nuestra súplica, después de habernos contado que todo estaba perdido, cosa que no ignorábamos. El dueño de casa no se hizo esperar: era un Señor Zambrano, de Pasto. Expusimosle nuestra situación pidiéndole consejo y protección.—Sería bueno que marchasen á Colombia, nos dijo; pero desgraciadamente andan comisiones por todas partes y apenas salidos de aquí caerían en poder de los soldados de Gobierno. En mi casa los asilaría con mucho gusto si no temiese la vuelta de los soldados que acaban de sacar de aquí á un jóven de botas amarillas, porque así les he oído. Aunque soy colombiano mi casa no ha de ser respetada y de un momento á otro van á venir escoltas. No tengo dónde esconderlos ni qué consejos darles.—Cualquiera puede comprender cómo nos quedaríamos de una pieza. Por fin, recordando la buena amistad que á entrambos nos ligaba con el capitán José María Miranda, uno de los vencedores, y de cuya lealtad no dudábamos, ocurriósenos mandarlo llamar, sin pensar qué le diríamos ni reflexionar en lo extraña y difícil que iba á ser nuestra entrevista. Escribimos nuestros nombres en una tarjeta y el Señor Zambrano encargóse de la comisión ofreciendo desempeñarla con la mayor cautela posible, á fin de no comprometer al capitán Miranda ni dar á conocer nuestro refugio; y casi tranquilos y contentos aguardamos la vuelta del emisario.

XIX

Demoró media hora y volvió acompañado del Capitán Miranda, dejándonos luego solos. Pasados los primeros transportes manifestamos á éste que le habíamos mandado llamar, porque confiábamos en su caballerosidad, para que nos facilitase medios de fugir ó nos indicase qué debíamos hacer.—Lo único, nos contestó, es

venirse conmigo al cuartel á acompañar á Gallegos, Luis Ponce y el Dr. Gómez Jurado.—Cómo! Qué quiere decir eso?—Que la fuga de ustedes es imposible, porque se han despachado comisiones á todas partes, colocado avanzadas en diversos puntos y al mismo tiempo se ha ordenado que sean registradas las casas de la ciudad empezando por las más cercanas á la plaza: no tarda en venir una escolta. Hay además otra cosa: el Sr. Zambrano, enviado por ustedes, se presentó en la prevención suplicando que me llamaran; y al responderle el oficial de guardia que me hallaba muy ocupado con el Comandante López, cuyo ayudante soy, en el interior del cuartel, entregóme la tarjeta de ustedes para que me la dieran. Los nombres escritos en ella fueron leídos por cuantos se encontraban en la prevención; de manera que el asilo de ustedes es conocido y todos saben que he venido á llevármelos para evitar que los conduzcan soldados quienes los maltratarían talvez como lo han hecho con Gallegos. No vacilen en seguirme, puesto que no hay otro remedio.—Nuestra sorpresa fué igual á nuestra ira y comprendimos que no había más recurso que entregarnos en manos del Capitán Miranda. En su compañía salimos de nuestro escondite y al recorrer las dos cuadras que nos separaban del cuartel, notamos en las paredes los estragos causados por las balas y vimos las trincheras contra las cuales se estrelló el empuje de nuestros soldados. Consistían en una excavación poco profunda hecha en el suelo y en cuyos bordes, los que daban frente al asalto, habían colocado dos ó tres hileras de vigas y ladrillos. Tan ridícula fortificación nos hizo enrojecer de vergüenza, puesto que no fuimos capaces de tomarla, dejándonos vencer torpemente. En la puerta del cuartel encontramos al Comandante López, quien nos mandó á hacer compañía á nuestros amigos para que mutuamente nos consoláramos y soportáramos alegremente el cautiverio. Indignése Gallegos al referirle nuestra aventura; mas convino en que no nos quedó otro recurso. Luis Ponce se hallaba tendido exánime en un lecho, no tanto por la gravedad de la herida cuanto por la abundancia de sangre vertida y los culatazos bárbaramente asestados por los soldados vencedores, ebrios de venganza y coraje. El Dr. Gómez Jurado, compungido y triste, apenas daba señales de vida lanzando de vez en cuando hondos y conmovedores suspiros, los cuales por desgracia no aliviaron en nada nuestra misérrima situación.

(Continuará).



CARTA DE NUEVA YORK

New-York, Junio 8 de 1898.

Señor Director de la "Revista de Quito".

Muy Señor mío:

Grande calamidad es la guerra; pero si ésta se hace con nobleza é hidalguía, conviértese en grandioso espectáculo de heroicas hazañas y de magnánimos impulsos, que enaltecen á la raza humana y llenan de honra las páginas de la historia.

Orgullosa de mi condición de hombre civilizado voy á narrar un hecho extraordinario de arrojo y abnegación, en el cual ha habido palmas de gloria para los ocho marineros americanos que lo llevaron á cabo, y palma de honor para el marino español en cuyo daño fué consumado.

Sábese que el Almirante Cervera, después de hábiles evoluciones en el mar Caribe, logrando eludir encuentro con las escuadras americanas, superiores á la suya, se entró en el puerto de Santiago de Cuba. A poco cercaban el puerto numerosos barcos de guerra de los Estados Unidos, que incapaces para forzar la entrada, por ser esta un canal estrechísimo, defendido por fuertes baterías y sembrado de minas y torpedos, veíanse condenados á una indefinida expectativa é inacción, pues ni el español salía á dar combate, ni el americano podía penetrar á buscarle en aquel saco de peligros y de muerte.

En medio de esta situación, ocúrresele á un oficial de la armada americana, que cerrar por completo la boca del puerto sería cosa practicable hundiendo en ella un bajel, con lo cual se lograría poner cautivo á Cervera y poder destinar la escuadra americana á otras operaciones en otros puntos de Cuba.

El oficial que concibe el plan es el teniente Richmond P. Hubson; joven distinguido por familia y por ilustración. El buque indicado para el hundimiento es el carbonero "Merimac". Se necesitan un jefe y seis marineros para la operación; siete hombres, siete héroes, que sepan renunciar á la vida en cambio de una sonrisa agradecida de la patria; porque la muerte es casi segura bajo los fuegos de los fuertes, sobre el volcan de los torpedos, bajo los disparos de millares de armas homicidas.

El teniente Hubson se ofrece para el sacrificio. Pide siete compañeros, y á la voz del Almirante Sampson, de que den un paso adelante los que quieran morir gloriosamente, responden más de mil corazones guerreros. La dificultad no es encontrar quien quiera ir, sino quien se resigne á quedarse. Son elegidos Daniel Montague, George Charette, John P. Phillips, J. E. Murphy, Oscar Deiguan y John Kelly.

El teniente Hubson se embarca con sus seis marineros; pero á poco de ponerse en marcha, descubre que sobra un hombre: es N. Clausen, un mozo newyorkino, que á escondidas se ha incorporado á la expedición, y que con lágrimas en los ojos suplica al teniente le permita morir á su lado.

El "Merimac" avanza hacia el puerto, los fuertes abren sus fuegos y sobre él y le acribillan. Al llegar á la boca del canal y bajo una tormenta de balas, echan aquellos héroes el ancla, oprime el teniente Hubson el botón eléctrico y seis torpedos preparados en la cala del buque revientan y lo hunden. Los ocho hombres se lanzan al bote y reman hacia el punto de la costa en donde el teniente Powell les aguarda, expuesto también con su pequeño barco á una muerte casi cierta.

La escuadra americana aguarda en suspenso el resultado de aquella aventura. Al cabo de dos horas de ansiedad regresa el bote de Powell no viene en el ninguno de los expedicionarios. No los ha encontrado, no los ha visto. Han debido perecer.

Mas tarde, divísase un bote español que guía hacia la nave Capitana de Sampson. Trae bandera blanca y á bordo está el Capitán Oviedo, del Estado Mayor del Almirante Cervera. Sube á bordo Oviedo, y presenta al Almirante americano el siguiente mensaje del Almirante español:

"Vuestros marinos están en mi poder. Arrojo como el suyo, hace al más enconado enemigo orgulloso de que sus contrarios tengan semejantes héroes. Son nuestros prisioneros, pero al mismo tiempo nuestros amigos. Todo lo que sea posible hacer para que se sientan bien se hará. Si queréis enviarles algo, con gusto lo llevaremos".

El generoso mensajero explicó luego cómo se habían salvado aquellos bravos. Una vez en el bote, inpedidos de salir fuera del canal por el mortífero fuego que se les hacía, guiaron hacia el próximo buque de guerra español, y allí se les hizo prisioneros, en medio de la admiración de todos los marinos de España, apreciadores de tan sublime heroísmo.

La guerra es una calamidad; pero tiene sus grandezas. Lector, cualquiera que sean vuestras opiniones en este conflicto internacional, prescindid de vuestras simpatías, y queden solas en la con-

ciencia, la admiración por el heroísmo de esos marinos americanos y el orgullo que despierta ese rasgo de hidalguía de los marinos españoles.

* * *

Y ahora que de la marina americana se trata, viene como de perlas decir algo acerca del curioso modo con que se forma, en esta democrática nación, la recluta que tripula sus magníficos acorazados. Al parecer, todos son ó han sido siempre verdaderos lobos de mar; pero las circunstancias suelen ir denunciando poco á poco la procedencia verdadera de algunos de esos marinos. Vaya unos cuantos ejemplos:

Una noche en el puerto de San Francisco, ocupábanse los marineros de un crucero en hacer carga de carbón. Uno de ellos recibe fiero golpe que le revienta una pierna. Prontamente se ve que el herido se encamina hacia el lugar de socorro, marchando sobre las plantas de las manos. Se le pregunta cómo ha podido hacer aquel raro esfuerzo, y se descubre que antes de entrar de marinero fué saltimbanqui en un circo famoso. Esa noche para remate de descubrimientos, se hallaba en tierra el cirujano. Otro marinero, que dormía en su hamaca, muy tranquilo, oye los quejidos del camarada, y se levanta presuroso, le toma la pierna, se la entablilla, se la faja, le receta un brevaje, y vuelve á su hamaca. El tal marinero era un cirujano graduado — ¿Cómo es que ha venido Ud. á ser marinero? le preguntaron sus camaradas al doctor. Y él en una sola palabra sintetizó toda su historia, diciendo: *Ron*.

En otra ocasión el Almirante Beardslee, á bordo del Filadelfia, en el puerto de Honolulu, necesitando despachar de prisa una larga correspondencia, mandó buscar á tierra algún estenógrafo y escritor en máquina. Oyólo un marinero que por allí estaba, y cuadrándose delante del Jefe, se ofreció voluntariamente para la obra. Había sido un taquígrafo famoso en una corte de New York.

De estos incidentes podrían citarse centenares — en la marina americana.

Cosas de la democracia.

N. BOLET MONAGAS.



LA SEMANA.

Sumario:—La semana pasada.

De nerviosa excitación ha sido la semana pasada. Ha habido de todo: papeles, acusaciones, protestas, tumultos, inculpaciones, violencias, ridiculeces y notas oficiales. El asunto es hoy de todos conocido, y es labor inútil que aquí nos pongamos á recordarlo. La última página de la "Estrella de Panamá" trajo, con el título de ¡QUÉ BARBARIDAD! una carta de varios conservadores de Quito, en la cual manifestaban, con términos de una adorable ridiculez, su adhesión al principio del derecho divino de los príncipes encarnados en Su Majestad D. Carlos VII, Pretendiente á la corona de España. El "Grito del Pueblo" reprodujo ese documento que, de no ser apócrifo, bastaría él sólo para llenar de infamia á unos hombres que se dicen jefes y conductores de un partido político que entre sus tradiciones cuenta repetidas traiciones á la patria y, en general, á la América republicana. Soñar con el *derecho divino* á estas horas, sólo puede acontecerles á los conservadores de Quito, aun cuando no hayan escrito la famosa carta que nuestros lectores hallarán al pie de estas líneas. El odio á las instituciones republicanas es en ellos antiguo: García Moreno, su jefe é ídolo, reclamó el protectorado francés, en sus conocidas cartas á Tinité; reconoció el imperio del desdichado Maximiliano; implantó en la República del Sagrado Corazón una especie de teocracia monstruosa y tiránica; se alió con Flores, con aquel Flores que fué ante naciones extranjeras con planes monárquicos y de reconquista, cuyo solo recuerdo aun nos hace temblar de indignación: para ellos, la libertad, el derecho, la justicia, los nobles sacudimientos de los pueblos esclavizados é infamados, son anarquía y demagogia; y aun suspiran por los bellos días de nuestro amo el rey y las vergüenzas y dolores de la Colonia

En cuanto la carta de los terroristas quiteños fué conocida, comenzaron á llover las denegaciones y protestas de los que como suscritores de ella aparecían. Las inculpaciones violentas las acompañaron y no faltó — como siempre sucede — las salidas de tono y los escándalos en letras de molde. Reunióse una multitud, corrió al local de la imprenta de "El Industrial", uno de los pasquines semanales del clero de esta ciudad, y la despedazó.

Los que por tal documento aparecían infamados, diéronse en decir que el escándalo fué promovido y suscitado por el Gobierno, ó, á lo menos, por individuos que con éste mantienen identidad de

principios, recuerdos y esperanzas. Por nuestra parte protestamos contra suposición tan calumniosa como absurda: el Gobierno, mucho menos el partido liberal, no necesita de tan pobres é indignos recursos para desprestigiar lo que está desprestigiado y desacreditado; y la prueba lo ha dado el Ministro de Policía con sus oficios en que ordena el enjuiciamiento de quienes del hecho aparecieren culpados. Nos inclinamos, más bien á creer que todo ello es obra de ciertos individuos españolizantes en el conflicto actual con los Estados Unidos y de varias órdenes religiosas de españoles aquí establecidas, que no perdonan medio de desacreditar la causa cubana y de comprometer contra ella los clementos de que pueden echar mano sin dejar por eso de ocultar la suya en sus oscuros manejos. Esto, siempre que los Señores Ponce, Espinosa, etc., no hubiesen firmado la carta-adhesión, cosa que todavía está por demostrarse.

Ahora, el destrozo de la imprenta de "El Industrial", es hecho altamente reprehensible. Aun cuando quienes lo perpetraron fuesen radicales, amigos del Gobierno, hombres de leales y patrióticas intenciones, deben ser severamente castigados y obligados, además, á la indemnización de daños y perjuicios. Una imprenta siempre es un instrumento de civilización, aunque, manejado por manos alevés ó corazones corrompidos, nos cause daños y angustias: romper una imprenta en populachera asonada, es criminal, es cobarde; es la revelación del miedo á la verdad ó de la incapacidad de deshacer y confutar la calumnia; es manifestarse pequeño é irascible contra enemigos que no tienen otra arma ni otra defensa que la palabra. Reprobamos este atentado de lesa civilización, en nombre mismo del partido liberal, que si ha logrado llegar al fondo de muchas conciencias, si ha conseguido subir al Calvario del Poder, en mucha parte, en la mayor parte, lo debe á la incansable labor de propaganda, á la lucha tenaz de su prensa, también ayer declarada subversiva y calumniadora. Antes que un partido, representamos una idea, y la idea rechaza estos medios salvajes de propagación.

Dirán que nos hemos vuelto terroristas, dirán que defendemos á San Martín y su obra de Padre Pasquino: que lo digan: protestamos contra un atentado incalificable, nosotros periodistas liberales, víctimas de los diarios ataques de una prensa sediciosa é infame uno de cuyos primeros órganos era ese papel inmundo, escrito con las secreciones del terrorismo quiteño, llamado "El Industrial".

¿Qué se ha conseguido con estos y con parecidos atropellos? Que los difamadores aparezcan como víctimas, que los enemigos que se ocultan sean considerados como héroes, que la voz de los que nos denigran y á sabiendas nos calumnian adquiera la honora-

bilidad de los que se dicen padecer persecuciones por la justicia; que San Martín *se haga* de una inmerecida popularidad..... ¿Es esto justo, señores, es esto razonable?

No, no son liberales los que tal han procedido. Enemigos del Gobierno son, desleales son, que quieren pecar para que sus pecados sean echados sobre ese pobre cristo que está ahí, en la cumbre, sin que siquiera se de fe á la bondad de sus intenciones.

.....

.....

He aquí la carta que á tantos escándalos ha dado lugar.

Dice así:

Quito, 1898.

Señor Don D. R. R.

Buenos Aires.

Señor:

Con el objeto de que emitamos nuestro parecer, se ha servido usted remitirnos la *Carta-Manifiesto de Don Carlos de Borbón á su hermano Don Alfonso*, en la que el legítimo Rey de España expone las ideas que han de guiarlo, mediante Dios, en el gobierno y cuidado de la monarquía española.

Deudores á usted de repetidas pruebas de confianza y consideración, nos satisface sobre manera corresponder con nuestra respuesta, no obstante los peligros que entraña para los hijos de la Iglesia y de la Autoridad, la confesión de la Fe católica en esta República presa de la más desenfrenada demagogia.

Su Magestad el Rey Don Carlos (Q. D. G.) asientan como verdad confirmada por la Historia, que no habrá sosiego ni bienestar en las sociedades modernas, si ellas no se rigen por instituciones tradicionales, cuyo primer baluarte sea un Monarca de derecho divino, que, por su misión providencial, se libre de las mudanzas de estos agitadísimos tiempos.

Si á tal conclusión llega su Magestad viendo y palpando lo que sucede en la Nación católica por excelencia, su paternal corazón se inundaría de pena al contemplar la suerte de estos pueblos después de que, por sequedad y soberbia, desconocieron á su Rey y Señor natural Don Fernando séptimo (q. e. p. d.) para abrazarse á las veleidades de una libertad que les ocasiona su perdición y ruina.

La benevolencia de nuestro legítimo Soberano es muy recomendable en su *Carta-Manifiesto*; mas no por eso es menos verdadero, que los llamados gobiernos republicanos en América, han propasado todos los límites de la licencia desde su apartamiento de la madre patria con la señalada excepción en el Ecuador del de don Gabriel García Moreno, por no haberse apartado de las

enseñanzas de la Iglesia y de la Monarquía, como las entiende y propaga actualmente su Magestad Don Carlos de Borbón.

Son de extraordinario alcance las palabras del Rey en la hora misma en que la herejía se apresta á descuajar el árbol de la Monarquía en Cuba, que plantó allí Cristóbal Colón por inspiración divina y con el apoyo munificente de los Reyes Católicos de España.

Convencidos de que el triunfo de don Carlos de Borbón será de ingentes ventajas para todas las antiguas colonias españolas, protestamos, una vez más, con el mayor entusiasmo, nuestra adhesión y fidelidad al Trono.

Sírvase usted recoger nuestros votos por *Dios, Patria y Rey* é impartir sus órdenes.

Camilo Ponce, Modesto Espinosa, José María Laso, Carlos León, Roberto Ponce, Elías Laso, Fernando Pérez Quiñones, Teodomiro Ribadencira, Modesto Ponce, Ricardo Ruíz, José Ignacio Gangotena, Quintiliaño Sánchez, Alejandro Velasco, Julián San Martín, Antonio Robalino, Próspero Baquero, Mariano Peñaherrera, Emilio Echanique, Daniel Hidalgo, Roberto Espinosa, Carlos Espinosa, Guillermo Espinosa, Pablo Chiriboga, César Bueno, Manuel Jijón L., Carlos Oródniz, Maximiliano Donoso, Carlos Madrid, Manuel A. Larrea, Ulpiano Pérez Quiñonez, Vicario general Alejandro Mateus, Secretario del Ilmo. Sr. Arzobispo, Alejandro López, Prosecretario, Víctor Gómez Jurado Pbro. Mario de la Torre, Pbro. José María Terrazas, Dean, Ramón Acevedo, Maestresala; Joaquín Uquillas, Penitenciario, José Joaquín Borja, Mtpno. Nicanor Arcenio Suárez Teologal, José María González, Canónigo, Julio Donoso, Canónigo, Jorge Angulo, Canónigo, Pedro A. Hidalgo, Canónigo, Jesús González, Pbro. Abel González, Pbro. Wenceslao Velasco, Pbro. Manuel María Pólit, Pbro. Pedro Pablo Borja, Pbro. Por la Comunidad de religiosos de la Merced, R. P. Provincial Fr. Juan L. Roldán, Por la Orden de Nuestro Santo Padre San Francisco, el Guardián, Fr. Angel M. Meneses, Vicario, Fr. Antonio González. Por la Comunidad de Santo Domingo, El Vicario Provincial, Fr. Juan M. Riera. Por la Compañía de Jesús, el Superior y Prefecto General, Lorenzo L. Sanvicente, Por la Comuidad de San Agustín, el Superior del Convento, Fr. J. Donis.

(Muchos particulares y religiosos no han firmado por hallarse ausentes ó perseguidos por el Gobierno ateo y masónico del General Eloy Alfaro más se remitirán á la primera oportunidad más adhesiones.)

BENVENUTO.

FIN DEL TOMO II.

INDICE DEL TOMO II

Andrade Roberto

PAGS.

Cartas ecuatorianas..... 51, 82, 110, 141, 173, 233, 257, 321, 352, 395

Andrade Carlos

Tísica..... 206
Absinte..... 273
Recuerdos de la guerra civil..... 305, 344, 377, 411, 451

Andrade Julio

¡ Patria !..... 427

Benvenuto

La Semana... 38, 72, 107, 134, 169, 215, 252, 283, 319, 348, 382, 423, 458

Bolet Monagas N.

Cartas de Nueva York..... 372, 455

Calle Manuel J.

Diócesis ecuatorianas..... 1, 45, 77, 225
Pequeñas narraciones..... 12, 102, 164, 245, 313

Esquirós Alfonso

Verdadero Evangelio del Pueblo.... 24, 61, 93, 130, 149, 202, 282, 310
332, 404

Flórez Julio

A la juventud republicana..... 299

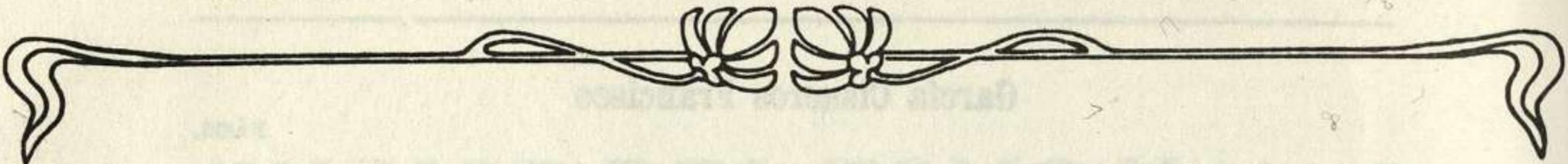
Fray Colás

Mi periódico..... 127
Azotaina..... 279
Carta..... 446

García Cisneros Francisco		PÁGS.
Cartas de Nueva York.....		21, 185
Gastelbondo Juan S.		
Memoria sobre la lepra griega en Colombia.....		338
Izquieta Amadeo		
Discurso.....		9
El primer periódico del Ecuador.....		115
López Felicesimo		
Lima.....	64, 97, 123, 159, 181, 243, 267, 301, 335, 368	
López Nicolás F.		
La Iglesia y el Estado.....		417
Martínez Augusto N.		
El Antisana.....		57, 87, 289
Merchán Rafael M.		
La redención de un mundo.....		434
Montalvo Juan		
La mujer en la política.....		387
Mora López José		
Monseñor Guidi.....		270
Pallares Arteta Leonidas		
Ilusiones y Flores.....		28
Peralta José		
El <i>casus belli</i> del clero azuayo.....	119, 153, 197, 295, 361	
Rengel Manuel E.		
¡ Dormida !.....		432
Régulo		
Reformas.....		392
Serrano Adolfo B.		
Versos.....	188, 239, 263, 375, 408	

FIN DEL INDICE

Colección de Revistas Ecuatorianas



Ediciones facsimilares de las más importantes revistas de nuestro país
con estudios e índices completos de las mismas

Publicado bajo la dirección de Irving Iván Zapater

I

Revista de la Sociedad Jurídico-Literaria

Tomo I

No. 1 al No. 6 Mayo a Diciembre de 1902

II

Revista de la Sociedad Jurídico-Literaria

Tomo II

No. 7 al No. 12 Enero a Julio de 1903

III

Revista de la Sociedad Jurídico-Literaria

Tomo III

No. 13 al No. 18 Julio a Diciembre de 1903

IV

Revista de la Sociedad Jurídico-Literaria

Tomo IV

No. 19 al No. 24 Enero a Junio de 1904

V

Revista de la Sociedad Jurídico-Literaria

Tomo V

No. 25 al No. 30 Julio a Diciembre de 1904

VI

Revista de la Sociedad Jurídico-Literaria

Tomo VI

No. 31 al No. 36 Enero a Junio de 1905

VII

Revista de la Sociedad Jurídico-Literaria

Tomo VII

No. 37 al No. 42 Julio a Diciembre de 1905'

VIII

Letras

Tomo I

No. 1 al No. 12 Agosto de 1912 a Junio de 1913

IX

Cultura

Revista del Colegio Nacional Bolívar de Ambato

No. 11 Abril de 1927

Homenaje a Juan Montalvo en el XCV aniversario de su nacimiento

X

Revista de Historia de las Ideas

Tomo I y II 1960-1961

Estudio Introductorio de Arturo Andrés Roig

Indices de Nancy Ochoa

XI

Revista de la Sociedad Jurídico-Literaria

Tomo VIII

No. 43 al No. 48 Enero a Junio de 1906

XII

Revista de la Sociedad Jurídico-Literaria

Tomo IX

No. 49 al No. 54 Julio a Diciembre de 1906

XIII

Letras

Tomo II

No. 13 al No. 24 Septiembre de 1913 a Octubre de 1914.

XIV

Anales de la Universidad de Quito

Tomo I

No. 1 al 4 Marzo a Junio de 1883

XV

La Revista Ecuatoriana

Tomo I

No. 1 al No. 12 Enero a Diciembre de 1889

XVI

La Revista Ecuatoriana

Tomo II

No. 13 al No. 24 Enero a Diciembre de 1890

XVII

Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos-Americanos

Tomo I

No. 1 al No. 3 Junio a Diciembre de 1918

XVIII

Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos-Americanos

Tomo II

No. 4 al No. 6 Enero a Junio de 1919

XIX

La Unión Literaria

Tomo I

No. 1 al No. 12 Abril de 1893 a Marzo de 1894
(Primera Serie)

XX

Anales de la Universidad de Quito

Tomo II

No. 5 y No. 6 Julio y Agosto de 1883

XXI

Anales de la Universidad de Quito

Tomo III

No. 7 al No. 12 Junio a Noviembre de 1888

XXII

Letras

Tomo III

No. 25 al No. 36 Enero de 1915 a Febrero de 1916

XXIII

Letras

Tomo IV

No. 37 al No. 48 Marzo de 1916 a Agosto de 1917

XXIV

Letras

Tomo V

No. 49 al No. 51 Setiembre de 1917 a Enero de 1919

XXV

La Unión Literaria

Tomo II

**No. 1 al No. 12 Junio de 1902 a Mayo de 1903
(Segunda Serie)**

XXVI

La Unión Literaria

Tomo III

**No. 1 al No. 12 Julio de 1903 a Abril de 1905
(Tercera Serie)**

XXVII

La Revista Ecuatoriana

Tomo III

No. 25 al No. 36 Enero a Diciembre de 1891

XXVIII

La Revista Ecuatoriana

Tomo IV

No. 37 al No. 48 Enero a Diciembre de 1892

XXIX

Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos-Americanos

Tomo III

No. 7 al No. 9 Julio a Diciembre de 1919

XXX

Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos-Americanos

Tomo IV

No. 10 al No. 12 Enero a Junio de 1920

XXXI

Revista de Quito

Tomo I

No. 1 al No. 13 Enero 5 a Marzo 30 de 1898

XXXII

Revista de Quito

Tomo II

No. 14 al No. 26 Abril 13 a Julio 9 de 1898

XXXIII

Revista Forense

Tomo I

No. 1 al No. 7 Febrero a Agosto de 1913

XXXIV

Revista Forense

Tomo II

No. 8 al No. 11 Setiembre a Diciembre de 1913

XXXV

Revista Forense

Tomo III

No. 12 al No. 23 Enero a Diciembre de 1914

XXXVI

Revista de Quito

Tomo III

No. 27 al No. 41 Julio 16 a Octubre 29 de 1898

XXXVII

La Revista Ecuatoriana

Tomo V

No. 49 al No. 60 Enero a Diciembre de 1893

XXXVIII

La Revista Ecuatoriana

Tomo VI

No. 61 al No. 68 Enero a Diciembre de 1894

